

CONCURSO PREMIO FEDERAL

2004

CUENTO BREVE, SEGUNDO PREMIO

OCTAVIO CEJAS



PROGRAMA DE
CULTURA



CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES



OCTAVIO CEJAS

Segundo premio

Nació en Concepción, Tucumán en 1927.

Estudió en y es egresado de la Escuela Normal de Maestros de Catamarca, estancia catamarqueña que marca el ambiente y el lenguaje de su obra. Narrador de temple, en especial, de cuentos, escribe desde hace más de treinta años. Entre sus publicaciones se destacan: *Una noche "el familiar" y otros cuentos* (1973), *No vienen al encuentro del grito* (cuentos, Tucumán, 1981), *En el monte* (Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Tucumán, 1988), *Real Sayana* (relatos articulados como novela, Universidad Nacional de Tucumán, 1991).

Como investigador de folklore regional, es autor de *Del Tukma mágico* (Ediciones del Rectorado de la Universidad Nacional del Tucumán, 2001, reeditado en 2004). Su obra más reciente es el ensayo *Luis Franco, el orejano*, de próxima aparición.

Sus trabajos figuran, además, en diversas antologías y selecciones de cuentos.



Cejas, José Octavio

Concurso premio federal 2004 : cuento breve, segundo premio -

1a ed. - Buenos Aires : Consejo Federal de Inversiones, 2006.

62 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-510-060-9

1. Narrativa Argentina-Cuento. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 27/06/2006

©2006 Consejo Federal de Inversiones

San Martín 871 - (C1004AAQ) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

ISBN-10: 987-510-060-9

ISBN-13: 978-987-510-060-2

Primera Edición

Queda hecho el depósito que marca la ley N°11.723

Impreso en Argentina

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sea gráfico, fotoestático, magnético o electrónico, sin la expresa autorización del Consejo Federal de Inversiones.



CONCURSO PREMIO FEDERAL 2004

LETRAS CUENTO BREVE

Segundo Premio

OCTAVIO CEJAS

Este libro nos transporta a un escenario lleno de personajes, espacios y situaciones que nacen del talento y creatividad del autor, introduciéndonos en ese mágico mundo del relato, sensibilizando al lector y atrapando el interés que sólo las buenas obras provocan.

Por ello es que el Consejo Federal de Inversiones se enorgullece en presentar en este volumen el trabajo literario *En viaje y otros relatos* galardonado con el Segundo Premio Federal de Letras Cuento Breve 2004 a través del Programa de Cultura y felicitar a Octavio Cejas por el camino emprendido hacia el merecido reconocimiento de su obra.

Ing. Juan José Ciácerá
SECRETARIO GENERAL
CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

OCTAVIO CEJAS

EN VIAJE
Y OTROS RELATOS

En viaje

Con descomunal esfuerzo por componer la carga de los palos que se han corrido, hago palanca en la rueda de la zorra para sacarla a lo seco. Pucha, se enredaron las trenzas de la alpargata en una raíz tapada por el barro. Forcejeo y forcejeo con la pata. Los bueyes tiran firme. Yo les grito –te... te... te...ceja...ceja- silbo desesperado para que paren, no me hacen caso y caigo. El carrito se me viene encima –¡madrecita, qué dolor!, ¡caracho! entregar así la osamenta. Oigo al fiero Genaro, mi compañero, gritar muy afligido: – Próspero, Prosperín, corra, corra. Mocito ha caído. Venga, venga, ayudemé.

“...este sueño que se espesa que... obliga a cerrar los ojos...quien dice...si estoy dando...mi último...sus...piro...”.

–Apúresé Prosperín. ¡Corra... corra!, ¡Rumi respira arribita!

–Pobre... pobrecito -se compadece Próspero que a las disparadas acaba de llegar. Por hoy dejemos la tarea. Desuñemos los bueyes, guardemos las herramientas y ensillemos cuanto antes.

–Iría montando su mula, emponchado por las dudas llueva y bien atado con piolas.

–Sí, y que el finadito nos ayude en el cuesta abajo.

–Daremos cuenta a la policía. Que vengan a pasar vista.

Al accidentado las voces le llegan cada vez con menos fuerza, como las de un hachero estropeado por el cansancio. Y le cae encima un desgano de macha con

vino piroja junto con el peso de una parva vieja que derrumba el ventarrón. Se le hace que se ha recuperado y cree hallarse en el campamento de Las Lenguas “...voy a cualquier parte ligero, como una luz anduve, dele y dele vagar, visitando a mis amigos”. Oye al caminero Pedrito Belmonte: –Perdonemé, don Ramón ¿cómo se enteró del accidente? –Yo terminaba de acomodar la carga del camión en Alpachiri, en eso llegó *el Fiero* con el notición. ¡Qué mala nueva, amigo Díaz!. Por algo la perrada ochaba desorientada y el gallo gemía con pena. Alguna desgracia anunciaban.

Y *el Perro* Miguel, escribiente:

–Mocito era forastero. Llegó joven con una cuadrilla de zafreos vallistos y aquí se aquerenció. Finalmente se acolloró con Filomena Salvia, niña mayor que él, y vivieron como dos palomitas. Las pocas veces que lo vi alcoholizado lloraba al recordar su vida de huérfano. Decía que su padre era un gringo borrachín, desalmado y sin hiel que lo negaba como hijo. Que el odio nacía porque Mocito sacó la contextura ósea de su madre, una criolla calchaquí. La silenciosa mujer había fallecido al darlo a luz asistida por una comadrona. El gringo terminó cambiándolo por un costillar de cabra y dos damajuanas de vino a una vieja machi de su amistad. La arpía y curda largaba cada bolazo y *aro-aro* con más mala intención que una centella. Lo registró con el apellido Rumi por no encajarle el de “piedra”. El huérfano sufrió privaciones, desprecios y maltratos, por arrobos. Los vecinos creían que iba a morir de flacura. Una vez que alargó pantalón se fugó como marucho de una tropa de doscientas mulas y cincuenta burros que el

belicho. Pancho Flores y sus peones arreaban a las ferias puneñas. Después rodó de tapera a rancho y de conchabado a mensual. Así arribó a siete oficios en lo que lo pongan a trabajar.

De Ñaró Guzmán, (cacique en comparsa de indios):

—¿Se acuerda de la mula de sobrepaso que el finadito Rumi supo tratarle a un arriero cordobés, un tal Pedro Yedro?

—¿Don Pedro?, ha sido muy buena persona, serio y de palabra. Me chismieron que ya no vive. Digamé, ¿no era una mora empedrada, frente y patas blancas que Mocito lucía medio chispo en desfiles escolares y procesiones? Calculaban los mirones que él y su sillonería cosechaban más cuetes, aplausos y vivas que el propio santo patrón.

—E...fectivamente, ella es.

—¡Ah!... con razón me era cara conocida la empedrada. Una vez yo dejé de machetiar cuando vi venir una polvareda. Me fijé bien: eran ella y él. Por señas y “por un ver se va a la fiesta”, le pedí a Mocito que volviera y la hiciera caminar. Eso hizo. Le dio tiempo a la mula que se armara bien, recién la convidó palmeándole el cogote y con un “¡Vamos, Morita!” se vino llenando el callejón. Amigo, era de verle el contento sobre contenido. Las arrugas y la hoyada de la viruela desaparecían en pura sonrisa. Me sentía capaz de cortarle la cola al cometa por ver a la frente blanca en una nohecita de verano. Cualquiera iba a pensar que pashuquiaba sobre bandadas de tucos. (Quedé con ganas de pedírsela para salir en esa sillera y con la comparsa a los carnavales. Ni bulla que íbamos a hacer en los boliches).

De Natal Mosto, (hachero alpachireño):

–En la Loma del Gritón y en la Mesada Negra, cuenta la gente de antes que también ocurrieron accidentes como el de Mocito. Juran con los dedos en cruz que no bien pinta la oración y en determinadas noches, con gran traqueteo una zorra viene cuesta abajo cargada. Por la sonoridad son palos de cedros. Se la oye en dirección a los puestos de los collas Llampas. Si topa con un real de gente acampando, pongamos que sean campeadores, o tal vez pescadores parece que va a pasar por encima de los que han hecho el tendido en la huella, pero no, viene un silencio y en cuanto pasa un trechito, otra vez el ruidaje. El zorrero lidiando con la yuta reniega y nombra a los bueyes. “¡Bandera!”, le grita a uno; “¡Lucero!”, al otro que parece que es el orejero o madrino por tanto que lo voracea. Comentan, santiguándose, que el carrerito hace más viajes cuando viene tormenta del sur. Puede ser que Rumi sufra esa condena. Yo no recelaré para eso cada vez que voy le prendo velas. Con él hemos sido amigos en las buenas y en las duras, me llamaba ahijado, a cuenta de cuando yo me casorie.

“... y al pozo de la salamanca se bajaba por una escalera de palos, según los comentarios la bulla se oía un poco más al norte del río Gastona había para elegir lo que se quería ser trezador bailarín malambeador guitarrero domador inapeable artesana en randas chalinas ... dónde iba... qué decía... no sé pero sí me acuerdo de esa vez que a una rueda de amigos del tinto llegó Tinacu el que pagaba las vueltas mozo palangana ocioso y dado a sobrar a cualquier porque manejaba unos pesos choriados a su madre bolichera al invitarlo lo chució señalándolo con el dedo

y envuelto en carcajadas: —¿sabés Tinacu cómo viene esta jugada? Acabamos de despellejar a toda tu familia. Fijate que este tipo crespo y turno dice que cuando el macho del carro lo mató y almorzó una pierna de tu cuñado, tu hermana de luto nuevito pedía a los gritos: —Llévame René, no me dejés, vayamos juntos. Dice que vos le habías aconsejado: —No, mejor quedate ¿o crees que él se va para Bariloche? Y se armó la gresca de esas que no se empardan yo salí chorriando sangre de un botellazo en la cabeza el desorden terminó cuando el pulpero apagó el farol a mecha y porque en la oscuridad uno no sabía dónde pegar ni quién lo golpeaba. Alguien bramaba: —Aj, caracho! Me han hachao una mano y no importa me queda la otra para seguir peliando. Ha de ser la hora de las lechuzas, una pasa chistando y se para en el aire aleteando sin un ruido justamente encima mío y a lo que es sonar el cric-cric-cric de su tijera cortando mortaja yo, que no aguanto que me cinchen fuerte, me santiguo y, por lo bajito, la mando a convidarlo al Cartalañaña, sigo por el monte diosito si habremos trajinado por esta fiereza de solo estar:

—Elevao, fijesé qué hace; tenga cuidao con el arisco, ¡m'hijito! Esquiva gambeteando toro, lazos, perrada, jinetes y da un salto que más bien parece de gato onza. ¡Eh maula! Los perros han sentido o visto algo. Corren como si vieran al Familiar de los Hilereses. ¿Qué pasará? Me veo serio con pañuelo al cuello vestido con ropas de casamiento o de velorio calzado con alpargatas nuevas y en un bolsillo del saco llevo una manda “ENTREGAR EN MANO PROPIA - atención del señor Mosito Rumi” voy a dársela al peludo Yrigoyen para que dé una vuelita por Buenos Aires y las catorce provincias que venga a enseñar cómo se manejan

las riendas del gobierno que se dobla pero no se rompe, siento en la cabecera el poncho bien acomodado y para el lado de los pieses las alforjas con fósforos velas rosario y hasta un libro de rezos, de enormes distancias me alcanza la voz vinosa de patancha así le decimos al tallador de santos abigeo en noches lluviosas compositor de gallos veo que algo mete en las alforjas y recomienda cuide como colla yunga este avío de aguardiente, cigarros en chala, alfeñiques, empanadillas y estas púas para gallos de combate. Es que allá no ha de haber boliche dónde abastecerse me toca la cara y con un pañuelo oculta los ojos, oigo sollozos amigos y parientes consuelan a mis hijos y Filomena enlutada hay flores y alguien con una tijera corta los pabilos de las velas, miro como a través de un vidrio muy borroso, intento acercarme, pero no tengo llegada y la rezadora termina suplicando: '...recíbelo, Señor. Que así sea' ”.

Siente repentina urgencia por irse antes que acabe el piar de un pájaro. Y otra vez huérfano, solo y único; viajero desnudo de lo que él fuera. Ya con una gota de eternidad, va adentrándose en los anchurosos pagos de los confines.

Nazario Ocampo

*“Antes que la historia prefiero la mitología porque
la historia parte de la realidad
y va hacia la mentira
mientras que la mitología parte de la mentira
y va hacia la realidad.”*

J. Cocteau

“Mientras aguardo sombreando en la Piedra Huasi a que amaine el calor de la siesta, que el baqueano descabece un sueñito sentado en su montura y que los caballos sigan pasteando atados a torzal, intento explicarme, otra vez, los motivos de este viaje. No niego, de paso, que algo me inquieta el hecho de que cuando el sol se despeñe tras los cerros ponentinos, arribaremos a El Zapallar, lugarejo perdido en la estancia de Huasán, donde actualmente mora el buscado. Quiero saber -me digo- qué laya de hombre es, y de ser posible, confirmar lo que vengo documentando. Hasta este momento voy tras una sombra y un nombre con enigma de menhir: Nazario Ocampo. Escribo esto en una hoja de mi libreta de apuntes cuando veo pasar un jinete que dice ir hasta Andalgalá. Aprovecho la volada don Atahualpa para enviarle esta correspondencia”. Cordialmente OCTAVIO CEJAS.

En los campos de Jaya, a una legua aproximadamente de Cochuna y antes de arribar al arroyo El Sonador -retozón, saltarín, alegre y con más bulla que agua a la derecha de la huella de herradura, queda lo que se conoce como “rancho”, “real” o “puesto de Nazario Ocampo”.

Ahora que creo ir cayendo al baile, déjeme que le cuente zurdo guitarrero, lo que pude averiguar del tal Nazario y la cuasi leyenda que lo emponcha.

El puesto mencionado se alzaba casi oculto entre enormes cochuchales, nogalares y cedrales y en medio de tupida maciega. Hasta los días que corren, una cumbre se sostiene en equilibrio, vaya uno a saber por obra de qué milagro, entre dos horcones ladeados. Los años, la humedad y los soles dieron cuenta del resto. Y dicen que a la par de los árboles de sombra todavía florecen frutales.

A esta altura se estará preguntando si voy a contarle un cuento porque parece así. En realidad lo que trato de saber es quién fue y qué destino correría el puestero Nazario Ocampo. Según mentas que vienen y van traficadas por hacheros y arrieros, él era oriundo del pago catamarqueño de Villavil. De ello daba fe su rumiada y larguera tonada. No sé si sabrá que Villavil es una quebrada por la que corre a saltitos y medio viboreando el enjuto río que lleva su nombre, (río le llaman pero tal denominación, a mi juicio, le queda demasiado holgada). Su agua les sirve a los villavilistas para regar, toma y acequia mediante, labranzas y alfalfares, cercos y rastrojos, parrales y nogalares. Por la misma quebrada transitan entre Andalgalá y Las Estancias pastoril y agrario rodeo de artesanos en cuero crudo y de mujeres baquianas en hacer danzar el huso de hilar, ¿Me sigue hasta aquí? Bien. Un día de los tantos de su trajinada vida, Nazario estuvo de llegada en Jaya con un puñadito de ovejas y cabras, algunas vacas y cierta yeguada mansa. Al obtener el permiso del dueño del campo, eligió un sitio cercano a un ojo de agua y él solito armó su real.

Seguramente que al recién venido, de entrada le ganaría su admiración el encanto del lugar. ¡Tanto verdor y tanto pasto, diosito! Y cantos de pájaros innumerables inundando de trinos los días, aún los de porfiada neblina invernal o los de cargosa llovizna en estío. Para qué comparar con su anterior querencia: piedras, cardones y jarillales, sed y médanos. Y cómo no habría de dejarlo sin resuello el río Cochuna en creciente, oloroso a raíces y yuyos serranos. “Río, no chancaca”, diría un tucumano. Muy capaz de convidar cuesta abajo a una yunta de bueyes de gran corpulencia y llevarlos bogando como a hojas de aliso. Y el verde goteando de todos los poros y rincones. Y qué diría de agosto y la primavera anticipada con su carga de brotes y su festival de revuelos y trinos, arrullos y llamados. ¡Y los zorzales! En su terruño también se hacen oír los denominados ishmas, pero no como los chalchaleros o zorzales de la selva de pie de monte que, con el latigazo de su silbo, tornan sonoro cualquier silencio.

Los días se fueron como el agua que corre y no vuelve atrás. Ocampo, en su nueva querencia, resultó ser sujeto de hacer gauchadas: daba datos o campeaba animales sublevados, indicaba vados en los ríos en aumento, auxiliaba a viajeros aporreados por temporales o bien sacaba al buen camino al campeador que se extraviara. Sí, los almanaques fueron deshojándose en esa vida aparentemente callada y despreocupada del olvidado por tata Dios. Pero, en algún momento, nuestro hombre creyó advertir que algo faltaba en su rancho. Hizo un jardín y hasta cercó una huerta, pero... ese algo seguía faltando. Después de largo observar dióse cuenta que el averío cantaba afanosamente en los árboles linderos al puesto.

A la entrada de un invierno, por un demorado compromiso, Ocampo fue a visitar a su amigo Eliseo Mansilla y a su familia cuando todavía cuidaban la estancia de La Laguna del Tesoro. Allí le azoró el descubrimiento de Los Nevados, dueños del paisaje, que, por la increíble limpidez del aire, parecían quedar a un galopito desde el poste esquinero del corral grande. De regreso trajo plantitas de manzanos, perales y guindos. Una vez en tierra abonada las cuidó con cariño insospechado en él: “Regando la planta crece y abonando florece”, se diría, quizás. Y los frutos cuajaron luego de varios almanaques deshojados. Y fue como si la avifauna se anoticiara de tales albricias y, de a poco, fueron arrimándose a la quinta. Hasta una pareja de horneros amasó su casita en la horqueta de un guindo. Y se sucedieron conciertos matinales y vespertinos de cardenales, calandrias, charrasquitas, reina moras y zorzales. No faltó el zumbo vestido de arco iris del picaflor. Ahora sí que el arisco puestero ya no se hallaría solo. Y hasta aprendió -con paciencia infinita- una variada gama de silbos, flauteos, trinos, gorjeos... que le permitía canjear melodías con sus amigos alados.

Es de preguntarse ¿en qué emplearía sus horas el puestero en la envolvente y vegetal soledad? Seguro que realizó algunas changas como cualquier peón rural, como ya consigné. Vale aclarar, don Atahualpa, que, aparte de pastorear, Nazario (aseguran) conocía los secretos nativos para secar embichaduras, no errarle a un animal desortijado o al que se atajaran las aguas, pongo por caso. Entendía el manejo de bueyes y no le mezquinaba el cuerpo al hacha. Labraba lo mismo una vara para techo que una viga. Hacer de una sentada un yugo por encargo, no pasaba

de un juego de niños. Púa para armar y tejer prendas de un ensillado. Lo vieron conchabarse como alambrador y levantar pircas secas. Resultó manito en preparar y quemar el palo para ahujones de corral, sin olvidar las trancas de madera de itín. Todas labores en días bien trabajados y bien sudados y otras más chicas como para no estar de balde en el rancho. Al no ser hombre de confundir repulgue de empanada con fleco de poncho echó mano a sus condiciones naturales: aprendió a inquirir y sobornar secretos al bosque. Y siempre de sus labios brotaba infaltable silbo, acompañándolo.

Los que saben -por ejemplo, payadores como usted-, sentencian que la vida es un lazo con una presilla en cada punta pero que ignoramos cuándo, pialados, nos harán rodar los recuerdos. Así Nazario un día, en uno de sus tantos días de solitario, sintió que algo venía cavándolo desde los hondones del alma. Un escozor parecido a nostalgia. Algo como así como una indomable intranquilidad, iba ganándolo de a poco. ¿Cómo explicarme? Aquí nosotros, abajeños, diríamos “le entró el apuro”. Esa aflicción, cada vez más imperiosa, lo llevó a entrevistar al encargado de la estancia. Sin dudas que le exigió pagar con animales el pastaje por el año redondo, aunque en realidad sólo se trataba de tres meses de pasto. Por el desproporcionado e imprevisto descuento su pequeña hacienda resultó visiblemente mermada. Ocampito aguantó el cimbronazo. “Paciencia”, se diría. Sin darse resuello ni sosiego y siempre urgido por las incontenibles ansias, empezó con los preparativos. Una vez errada su moina sillera alistó el avío y echó por delante el pequeño arreo. “Todo el trayecto lo cubrirá por ripio y piedra, muy

poco por tierra”, explicaron los lugareños en los que dejara la despedida con fuertes apretones de manos. El iba a pie llevando de tiro su mula jayena ensillada con apero pobrón. Y se largó nomás –ni rayos lo harían vacilar- en procura de dialogar con el viento a cielo abierto en los remotos confines de Huasán.

Discúlpeme que le explique, poeta: al marchar desde Jaya pasó por Cochuna. Chimentan que ahí la zamba *La viajera* asomó por vez primera a su voz y a las cuerdas, según chimentaban los memoriosos, entre ellos, el bandoneonista Mauro Figueroa y mi amigo, el alpachireño Chano (a los dos los llevo en el recuerdo). Luego Nazario continuó en trepada por la Vuelta de las Antas. Dejó atrás la cuesta al llegar al Alto del Clavillo donde el carril vial se clava serpenteante en busca de Las Estancias. El valle lo recibió con la vieja magia que se remonta a los tiempos del Incario y a más antes, todavía. Lo atropellaron nombres antiguos como la raza: Yunka Suma, Pisavil, Las Pampita, Papa Chacra, Carapunco y cuántos más. En El Alamito frente mismo a la casa del viejo Rodolfo Cejas, se apartó de la Vialidad y enderezó hacia el suroeste por una senda muy cavada entre la greda. Y todavía faltaban los grandes repechos. La senda sigue trepando por una larga mesada y va a salir a El Pantanillo, casi siempre bajo nubes panzonas. Queda todavía la corta pero punosa cuestecilla que corona el portezuelo de las Tres Cruces. (No impresionan. Son demasiado viejas. Datan de 1912. Testimonian el drama pasional de una familia apellidada Rearte).

Al bajar, donde el río Villavil hace un codo, se pasa a Carapunco y de ahí hasta El Zapallar -sin forzar jornada- dista un día a lomo de animal. Vale decir, paisano

sureño, que el trayecto entre Jaya y donde se radicara Ocampo, se lo cubre en no menos de una semana si se cuenta con un flete aguantador, de buen marchar y herrado de las cuatro patas.

Imagine, payador, lo que significa transportarse arreando majadas, vacas con terneros mamones, yeguas con potrillos y auxiliado sólo por dos chocos cabreros. No sé si corresponde aclarar que los teques o animales o hacienda menuda son los primeros en pagar caro tributo por la agresión del piso pedregoso que desgasta las vasaduras hasta despiarlos. Es de aceptar que Nazario cuidara con afanes maternas a su tropilla esquelética, de verijas sumidas por la calda diaria. A no olvidar que hay que abreviar, forrajear, rondar por las noches si no se dispone de chiquero o de corral cercano. Se descuenta la pesantez de la marcha. ¿Cuántos días sufrieron en el calvario? Fácil saberlo: no hay más que calcular de tres a cuatro días o más a pie con arreo, por uno si se viaja en montado.

El Quirco Rodolfo, como siempre chacotón y con picardías que enronchan -de las que no se salvan suegra, cura ni comisario- matándose de risa, recordó en una minga que, al pasar el misachico de animales por frente a su casa, no sabía si llamar pastor o niño al que repechaba la loma. Es que Nazario cargaba en brazos un potrillito recién nacido y en cada costado de la alforja que portaba al hombro, sobresalían los hocicos de dos cabritos que acababan de llegar al mundo. Balaban con acentos infantiles esas crías de una cabra mora que del real saliera con la parición atrasada.

Creo haber consignado: Ocampo se aposentó en un puesto apartado que se alza

en un lugar de pasteaderos colgados del costillar de uno de los ramales de los Nevados, en la ladera oriental que da al fuerte de Andalgalá.

¿Otra vez con la soledad al hombro? se preguntará usted. Si y no. Ahora ayuda a sobrellevarla una compañera. Los que alguna vez la vieron en carnavales de un olvidado ayer opinan que no se ablanda con un hervor. ¿Fea? Hum... no tanto. Su cara -dicen- es desigual y muy cargada para la izquierda. Algún reparo había que esperar o será que al pobre hasta mujer fiera le toca. Ella, al parecer se conforma con no hacerse notar y con su fama de fina. Las sin hueso comentan que algo debe haber heredado de su marido el finado Carranza, que en vida fuera maestro en albañilería agraria y un siete oficios ponderado en fabricar arpas, violines y guitarras con alma y hechas con maderas serranas. “Yo he descubierto un antigal y es mío, sólo mío”, se le cayó sin querer, en un rodeo de burros y yeguarizos alzados. Además, del fallecido corrían casos de esos que se secretean y terminan comentados a viva voz: “Los collas del puesto vecino una noche oyeron en los aires una pelea espantosa. Ayes, súplicas y graznidos con pretensiones de carcajadas”, “Así será, pero desde ese tope el pobre Carranza fue a menos y a menos”, “No hubo mediquilla, santo en bulto tenido por milagrero, ni dios que le arrimara alivio”. Los lugareños juran besando los dedos en cruz, que el descubridor del antigal había sido aventajado por unas harpías avampiradas. Que se trataba de viejas pupilas de una salamanca quebradeña que sitúan cerca de Carapunco. Esa es otra historia que algún día, cantor, le haré llegar.

¿A qué viene todo esto?, supongo que se estará preguntando. Le pido un poquito

de paciencia, don Atahualpa, pues a mi entender, resta lo más sentido juntamente con el final que se avecina.

Aseguran los jinetes, andarines y campeadores que pasan por las cercanías del ruinoso puesto de Jaya, que en determinados días (creo que martes y viernes) y a ciertas horas llaman a perros voces sin boca entre la verde bruma del malezal. Que al insinuarse la primavera, en medio de la algarabía incontenible y melodiosa del averío, sobresale rotundo, nítido, el flauteo y silbo potentísimo de un ubicuo zorzal-arriero.

El perseguidor

En el caserío de Alpachiri, luego de un diluvio nocturno y demoledora creciente del río Chirimayo, dos vacas no amanecieron en el corral de Nieva, sobrenombrado *El loco* o *El pampa*. Sujeto violento, pelo cerdozo y de rudeza arcaica. Individuo sin dios ni ley. Temible por sus arranques y cumplidos juramentos. En alardes bolicheros paraba bandera por haber mandado al otro mundo a un hombre y a dos bolivianos zafreros. Pero se le sospechaba tenebrosamente de otros por el facineroso estilo utilizado. Uno de ellos hallado en una cuneta con los propios testículos alojados en la boca. Una doble vuelta de alambres de púas con torniquete hecho con palo, se le incrustaba en la cabeza. Por la autopsia se constató que “en el occiso se observa la lengua arrancada, huesos resquebrajados y vísceras estalladas por golpes propinados con algún objeto contundente”.

Varios días gastó el Pampa en inútiles averiguaciones. No dejó vecino sin inquirir. Potrero ni monte sin espulgar.

Y pasaron dos quincenas.

En una madrugada de farra larga, con la que coronaban un velorio de angelito en el rancho de un tal Mariano Sordo, se le allegó Zenón Suárez, hombre al que el tintillo le agilizaba la lengua. En un aparte secretó al Loco referencias sobre Fulano de Tal. Terminó acusándolo de haberle sacado las lecheras a las que había hecho vadear el río Medina la misma noche del robo. “Siguió hacia el sur endereceras de La Tipa —explicó— y ahí el matarife Fulano de Cual, sabedor de la

procedencia de los animales, se los compró por dos chirolas. A tus lecheras, ya reses, las faenaron en una planchada clandestina oculta por un alto sunchal. Te doy otro dato -prosiguió Suárez- la carne despostada en cuartos y medias reses fue malvendida a recoveros de Alpachiri, Las Punuitas y Muyo. Mirá, para mayor seguridad, llegate hasta la barraca de Aguilares y averiguá de unos cueros entrados tal día y fijate en la marca”. Dos dedos en cruz sobre los labios garantizaron lo dicho. Antes de separarse, aseveró que El Collarejo, su entenado, mientras cuidaba unas líneas de pesca, vio cuando Fulano de Tal lidiaba con las vacas en el Medina y sentido el sordo gemir cuando les hacía morder las ubres por sus perros para apurarlas. Que una de ellas ya iba yuta, sin rabo. Tanto se lo retorciera el cuatrero. “Es que las lecheras tiraban por volver a la querencia y balaban llamando a los terneros que poco les faltaba para quedar huajchitos”.

El Pampa agradeció la gauchada y terminó pasándole una propina al comedido. Luego, con repentino apuro, acomodó la montura, cinchó su crédito y, con el adiós en el bolsillo, se alejó seguido por el polvaderal del galope. Sólo sofrenaba para averiguar por Fulano de Tal. Con los datos de la pesquisa se dirigió al boliche *La flor del pago* donde la taba iba y venía. En ese momento el buscado la barajaba en una de las puntas de la cancha. Después de varios enviones tiró el hueso que, al tocar tierra, mostró el lado liso. Contra. El perdedor no pudo disimular su fastidio por la pifiada. Con la vista pegada y suelo y mascullando palabrotas, se dirigió a tomar asiento en una de las largas bancas de palo labrado.

Entretanto *el loco* desmontó y, oculto por una enredadera de madre selvas,

aguaitaba conteniéndose. Cuando vio sentado al abigeo, sin el mínimo ruido, como un puma, se acercó por detrás y, con ademán mazorquero de la mismísima Guardia de los Colorados del Monte, lo tomó de los cabellos y le echó la cabeza para atrás, al tiempo que le clavaba la rodilla derecha en las costillas. En menos de lo que canta un gallo le acomodó filosísimo corvo desollador en la garganta. Se lo vio dispuesto a tocar el violín violón. Faltaba sólo la música de La refalosa.

Risueño de ruin y con tono fingidamente paternal: —Me acaban de chismiar que vos me has cuatreriao las dos lecheras que me faltan.

—Pe... pe... pero...

—A la pu...cha te has vuelto tartancho de golpe.

—Pe... pe... pero...

—Capacito que lo querí imitar al Echagüe ese, el cantor de Juan D'Arrienzo. Para hacerte el tartamudo tenía que ser de la vecina orilla y cruzar el charco que hay entre el Uruguay y el lao que viven los porteños, y vos, apenas si sos de aquí, de cerca del Arroyo Yucuco, o no?

—Qui... qui... qui...

—Guá, lo que faltaba, que hasta quierái decir quiquiriquí, como los gallos. Nada... dejate de joder, che.

—Si... si... no... no...

—Al fin, en qué quedamos, me querés o no me querés (ya estoy tontiendo), pregunto si en si o en no. Aclará, che. O estái queriendo que te haga andar el acero, ah?

—No... no... no...

—Joder, como dijera el gallego Falo Gil. Joder, joder (ya se me están calentado los nervios). Vuelvamos al asunto de las vacas. Hablá de una vez o te rebano el pescuezo, como si fuera mortadela.

—Sí... sí... yo te he... he sacado la yunta (bueno al fin parió la burra. Me voy componiendo). La ... la... yunta, esa noche que llovía mucho. Yo... creía que no se iba a saber...

—Estate tranquilo. No se va a saber. Ni minga de denuncia policial. Vos bien sabí que los cuatrerros comprobados entran por una puerta y salen por otra. Falta que les pidan disculpas por la detención y por el mal trago. ¿Que no, che?

—Así hay ser. Yo no sé.

—Cómo?, sabí o no sabí. Lo único que vos y varios que están aquí no saben es cuándo van a parar la ushuta, cuándo van a entregar la tropa al santiagueño que desde arriba mira y sabe todo lo que pasa en la tierra y en otros mundos. Hasta oye lo que uno piensa el hombrecito ese que le dicen Tata Dios. Así que no sabí?. Mejor no me vengái con agachadas. No te hagás el sonso porque así nomás vas a quedar. La cara te ayuda mucho. Así, sin pintarte ni ponerte careta, podís ganar el primer premio de opa en cualquier corso del carnaval que se viene.

—Mirá, estoy cansao de ver a los changos esos, hijos de ustedes con zapatillas muy a la moda que cuestan más que tres pares de zapatos. Digamén de dónde sale esa plata pa' pagar la moda, ¿ah?. Uno lomía todito el día en el cerco para que otro, hijo de... madre apurada, le refale lo poco que uno tiene. (levantando más la voz).

Desafío a cualquier a que salte. Al que se raye. Qué van a decir ni mú. Cuatrerros que viven de lo ajeno. Lo digo y lo repito. Todos ustedes son una misma banda con los que llevan uniforme prestado. Cuatrerros hijos de pu...ma. A ver, uno que dé un paso al frente. Qué se van a defender. Trasponen los animales de un lao a otro. Lo traen de allá. Lo llevan de aquí. O creen que tratan con uno cáido del catre, ah?. La que dirige la banda es una mujer que se hace la musha de día. De noche se enhorqueta en el bagual y lleva la tropilla por delante arriándola o de tiro. De día duerme en el monte y de noche, dale al laburo. Pregunto ¿por qué no se defienden. ¿O son macanas las que digo?. A ver, hablen. ¿Por qué se callan? ¿Saben bien que a cualquiera le hago bajar la prima?

—Pa' qué carajo voy a asentar la denuncia si me van a coimiar y al final todo va a quedar en papeles. Estoy dispuesto a hacer justicia por mi propia mano. Aquí no hay más ley que la de uno.

—Es que... es que...

—Y ahora ¿qué me querís decir? Desembuchá lo que tengái adentro. Te oigo.

—Es que... es.. era... un apuro de plata...a la chinita mayor... de las mías. Un chango la había pordelanteo en una siesta de carnaval...

—Eso es, buen padre sos vos. Y antes de que sea tarde te has acordao de mis vaquitas. Unas se dan con los gustos y yo tengo que mamarme el dijusto.

—Discul...pame, disculpame (*recién se me está componiendo l' habla*).

—¿Disculparte?, pero cómo no, che

—Ve, loco. Yo siempre he dicho que sos un hombre de gran corazón. De corazón más grande que galpón de secar tabaco.

—Así que ahora me querís hacer tragar que tengo un gran corazón. Taimen vas a conocer mi gran generosidá, cuatrero hijo de mil... yeguas zainas y un cojudo de yapa, encima.

El Pampa, veloz como centella, le bajó de raíz la oreja izquierda y la pulseó para los perros que entraron a disputársela en medio de un gran batifondo. Al haberse visto madrugado, el Fulano de Tal no dispuso de tiempo ni para un visaje. La sangre chispeó en todas direcciones. *El Loco* aprovechó el azoramiento de los mirones y comenzó a jugar al gato y al ratón. Ahora amaga la otra oreja, a una de las manos. Termina obligando al pilucho a aflojarse el cinto hasta que cayeran los pantalones.

—Que te sirvan de maneas. Así no te vas escapar. En cuanto el humillado cumplió la orden fue seguida por una desmesurada carcajada del ofensor que retrocedió señalándole las piernas, dos paréntisis de pronunciada convexidad.

—¡Juá, juá, jua! Cómo serás de bol...iviano. ¡Juá... juá...juá! Veanlón, si será antiguo. Todavía como los abuelos usa calzoncillos con piernas. No sabe el tonto que ahora hay otras modas. Mirame a mí (aflojado el cinto, sueltos los pantalones, quedan al aire calzoncillos tipo slip).

—Haceme el favor...

—¡Juá... juá... juá! (¡eh bárbaro! qué manera de divertirme).

El Loco cuidaba los detalles como el de permitir a la perrada lamer en el piso la sangre que caía de la oreja decomisada, limpiar el corvo en la ropa del agraviado y, finalmente con el mismo mutilado hacerle llegar un mensaje fulminante al ventajero comprador de las reses.

-Y decímele al tuyo que me disculpe. Que no voy ya mismo a buscarlo por no perder unas guías de batatas que estoy plantado.

-Ay... ay... ay, mamita. Dejá que me echen pimientón, que me pongan tela de araña para que... para que... pare... la... sangre. Me voy debili...tando (*me parece que voy a desmayar*).

-Aguantá, carajo. Y si te querí morir, morite nomá.

-Ay, ayayita, ay, ay...

- Eh, maricón, ¿de qué te quejái tanto? Mis vaquitas sufrían más cuando les echabas los perros. ¿O ya te has olvidao? Marica. Pintate la boca, los ojos y las uñas. No te olvidés del arito, mujercita. ¡Quietos ustedes!. La jugada es mía. Decile al otro que conmigo y sinmigo se va a ensuciar como vaca en viaje. Y que vaya buscando un pasacalle pa' la chiripa que va a necitar. Ahora sí (*eh, bárbaro, me está agarrando otra vez la bronca y ya no me sujeto, diosito*).

A modo de despedida lo empujó de atrás y le asentó tal patadón, que, maneado por los pantalones, le hizo arar de boca en el patio de tierra al tiempo que envuelta en voz gangoza de burla y disimuladamente amable:

-Chau, pilucho, hasta la vitoria siempre. (*Eh, caracho, cierto que este tiene una hermana llamada Victoria, más que lindona y apetitosa*). Andá y denunciame... y desaparecé por tu bien.

El Pampa, de un salto, montó su flete y enfiló por el callejón de tierra entre bárbaras carcajadas y golpeándose la boca con la zurda como auca malonero.

Bajo palabra empeñada, a los pocos días, el perseguidor emprendió la búsqueda

del Fulano de Cual. Una vez enhorquetado, a gritos y como recomendación familiar:

—Y no se olviden de hacer mamar a los guajchitos cuando lechen por la mañana. Por la tarde la mamadera grande con leche. No vaya a ser que los vea flacos cuando yo vuelva. ¡Ojito con hacerse los burros! ¡A todos les digo!

Iba anoticiado que el perseguido vivía al poniente de La Tipa, en la boca de monte, como yendo a Moramicuna. Cabalga un crédito llamado Coya. El otro, Juan Sol, ese día va como pilchero o chasnero portador de reducida carga, pero también es flete de confiar si hay que ensillarlos. A pesar de lo liviana, la carga parecía un baúl andante. Acarreaba dos mudas completas de ropa, alpargatas, un poncho para lluvia y otro para taparse. Linterna, pilas, curabichera, una botella con acaroina y en un tarro, unto sin sal mezclado con saúco que servirá de cicatrizante llegado el caso. Por si el acoso se prolongara cargó varios pares de herraduras con tacos, tenaza, martillo y clavos de herrar. Aguantador no, cualquier piedra laja haría de tal. No olvidó una fotografía bendecida de la bóveda del finado Mariano Córdoba, el ahora alma milagrosa que, en vida, se lo sentía pasar al galope, invisible, por las calles de la villa de Medina. Un paquete de velas (por acaso tuviera que vérsela con algún espanto más que molesto como el que no deja dormir en el Rancho de Tablas en la cumbre de Santa Ana). Lo anteriormente anotado va contenido en dos bolsas de carpa unidas con tientos por las bocas. Irán aseguradas por una reata ancha de torzales gruesos “pa’ que no ofiendan el cuero del animal cuando se las ciña”, según la sana intención del *Loco* Nieva. El resto del avío o bastimento: asado

seco, azúcar, sal, charqui molido, un puñado de ají, otro de café y un paquete de yerba. Hay que agregar pan amasado y vino, juntamente con latas de conservas. Algunos tamales y cuartas de chorizos asados puestos en abultadas alforjas tejidas a pala y adornadas con borlas esquineras de colores. Iniciales del nombre y apellido bordadas a mano no dejan de ser orgullo para Nieva. En el ensillado tampoco falta el machetillo envainado, boleadoras y la lonillas que reemplaza al guardamonte. Un tarro con manija y un jarro enlozado coronan la reta. Horas antes, un poco por precaución y otro por no perder la costumbre, *El Pampa* insumió largo rato en afilar su verijero o petiso de los mandados, una cuchilla fabricada con una macheta Dos mochas, afamadas por ser navajas en el corte.

Eligió caballos de tipo Solanet, cría de la estancia Ingas, porque *El Pampa*, a pesar de su hirsuta memoria, recordaba lo que le quedara como saldo de una charla que, en tiempo de zafra, a orillas de un fuego invernal, sostuviera un tropero de mulas, un tal Patricio Yedro, hombre lector, honesto a prueba, si de cumplir palabra se trataba. En esa lejana ocasión les narró algo que parecía un cuento. Les habló de dos caballos que supieron cumplir una hazaña increíble. Treinta años han pasado de esa relación y Nieva la evoca como si hubiera sido ayer. Hasta recuerda el nombre de esos caballos indios, criollos. Uno llamado *Mancha* por tratarse de un overo rosado, manchado o pinto. Vale decir de un pelaje conocido como tobiano o yapao de deciséis años y que sólo se dejaba montar por su dueño. El otro flete que hacía poco había cumplido los quince años —apuntó don Patricio— respondía al nombre de *Gato* por su color bayo gateado. Los dos fletes de ojos

muy vivos, manos y patas robustas, pescuezo corto y grueso. Perfil acarnerado. De talla no alta, más bien tirando a petizonos con su metro cuarenta y dos de alzada. Lo que comenzó llamándole la atención al *Pampa* y a los otros peones del ruedo, fue que a esos animales los llevaran por tierra, caminando, desde una estancia del sur de nuestro país. Llegaron a destino luego de un paseíto algo exagerado: mil seiscientos kilómetros, que, a la vez, les vino bien como entrenamiento. También les asombró que esos fletes pertenecieran a un cacique indio araucano de la lejana Patagonia. Al *Loco* le había quedado prendido como con remaches el dato de la caminata de veinte mil kilómetros recorridos en dos años. “Hagamos de cuenta que el jinete, de apellido muy enrevesado: Tschiffely (les deletreó), -más fácil recordarlo como el maestro suizo-argentino -Aimé Félix- en los Andes peruanos pasó sobre los cinco mil metros y junto con los caballos soportó temperaturas de más de cincuenta y dos grados a la sombra, transitaron por arenales, pantanos, selvas y nadaron en ríos crecidos plagados de cocodrilos y pirañas. Vale decir que aguantaron fríos como las yaretas y calores como las chicharras. También podemos hacer de cuenta que el jinete desató el cabresto en el obelisco de Buenos Aires y fue a atarlo en la estatua de la Libertad en Nueva York de Norte América”, medio poetizó don Patricio. Terminó contándoles que esa marcha fue en 1925. “Esos fletes, al morir, fueron embalsamados y se los puede admirar en el museo de Luján. Posteriormente al fallecer Aimé Félix, respetando su última voluntad, fue enterrado en Ayacucho junto a *Gato* y *Mancha*. De haber sido cristianos, por justicia teníamos que haberlos considerado héroes nacionales”, terminó

argumentando don Patricio Yedro. Memora Nieva que cuando el tropero de mulas terminara de exponer, tal vez por la emoción, su voz le temblaba un poco. Eso sí, los presentes supieron guardar varonil silencio.

Después de haber preguntado infructuosamente en casas, ranchos, boliches con patente y en bolichos cameros, el perseguidor se internó en la reserva de Santa Ana dispuesto a escarbar en sus más de veintidós mil hectáreas forestales. Averiguó en cargaderos de caña. Inquirió a carreros topados en los caminos. Allegóse a reales de hacheros y rodeadores de madera. Por ahí dio con algún campeador y uno que otro pescador truchero. No consiguió ni un dato.

Una vez vadeado el Río Chico, llegó a la Colonia 17 donde la senda comienza a empinarse. Descansó en el rancho de su compadre Maro. Luego siguió por la Loma Negra y por el arroyos Matazambi, Bueyes Muertos y La Calera, vale decir que transitó por el mismísimo corazón hidrográfico del Reino del Tukma. En su afanoso registro y muy a la distancia, hacia el sur, columbró los reflejos del sol en el techo de zinc de la escuela de El Corralito.

Siempre en montado o a ña animal, diariamente mudaba flete, los que por efecto del calor, la humedad, garrapatas y tábanos, no dejaban de sentir la calda diaria pero no amenguaban el rendimiento. Hacían honor a los jefes de raza. El jinete y los Solanet soportaron diluviales aguaceros acuchillados por el sesgo de los relámpagos y el bélico fragor de los truenos. El viento silbaba y gemía en las armazones de los gigantes de la selva. Cruzaron sin inconvenientes algunas pantanosos ciénagas y arroyos con caudal en aumento. Emperrado como iba,

un amanecer en Chorro Bello desoyó el arrullo de palomas monteras, la euforia cuantiosa de zorzales, calandrias y reina moras que vivaqueaban, sinnúmeras entre el exceso de verde del sotobosque y los árboles de copa florida.

Al filo de un mediodía y en las inmediaciones del arroyo Las Carpas dio con Antonio Venao (según las venenosas lenguas, prestigioso cévido de catorce puntos y veterano en la función), del que se decía en ruedas de boliche y tabeadas, que, para poder caminar por un pasillo del hospital del ingenio Santa Ana, aquella vez que se hachara tres dedos de la pata zurda, lo había hecho rengueando y medio de costado. Otros, más exagerados y zumbones, propalaron la versión que de lejos parecía que en la cabeza llevaba una brazada de leña. Tampoco faltó el sabelotodo que en una juerga de trasnochadores sostuviera haber divisado en el monte cómo los pajaritos daban vueltas y vueltas buscando asentársele en la armazón.

Con el viejo Antonio (juntado últimamente con una simoqueña, viuda madura pero todavía bastante petardera) unía al *Pampa* un lejano pero reconocido parentesco. Verse y saludarse de a caballo cajeándose exageradamente los lomos, fue todo uno. A la vez, porque la circunstancia obligaba, mojaron el garguero con unos colgaditos de tinto.

En el intercambio de noticias el supuesto cévido le comentó que en la tranquera del real El Pértigo Quebrado y como a tres jornadas de marcha, había tropezado con el Fulano de Cual que le confiara ir poniendo distancia por un asunto que empezó turbio, pero que, ahora, podía terminar en velorio. “Aprovecharé para peonar en unas minas del oeste catamarqueño. Calculo una tirada de no menos

de doce a quince días de marcha. Ahora lo que más lamento es no haber alzado revólver”, terminó confesándole en medio de una indisimulable pesadumbre.

A pesar de la ventaja que llevaba el perseguido, los medio parientes no le arrendaron ganancia, toda vez que montaba un mancarrón maceta, cadenero, con el lomo pajariado por los duros arneses de la jardinera de repartir carne. “El pelo... duro no herró el caballo. Se lo ve algo despiado porque afloja de las manos al caminar. Además va apagado con las orejas caídas, lerdo y parece amoquillado porque se lo pasa tosiendo. Camina a fuerza de chicote y espuelas. ¡Qué tipo hereje!, al pe...pe aporría al pobre sotreta, por demás aplastado”. El recovero, antes de separarse, había confiado que pensaba tomar la huella que desde la Cuesta de Narváez pasa al sur del Campo del Pucará y, por la única senda, la pedregosa de Molle Negro, revienta abajo, casi al pie de la cuesta de la Chilca, pelada como canilla de tero. “Por ese rumbo y con esa cabalgadura, que en cualquier momento ha de comenzar a hocicar y arrodillarse, difícilmente pueda llegar a la Puerta de Villavil, donde recién hay agua. A menos que pierda un día y se abastezca en el puesto de la Mercedes Chaile, la pastora y cazadora leonera resguardada por treinta perros, cuál más bravo, oiga. Recién en el Fuerte, si llega, podrá hacer herrar al bichoco. Pucha, si lo estoy viendo con el cadenero de tiro y a las rengueadas por medanales y ripios de esos campos brutos”, afirmó sin exagerar el cérvido.

Luego de tan sustancioso encuentro se despiden los parientes, no sin antes enviar saludos y desearse buen viaje. Junto con los adioses, el viejo Antonio, recomienza: “Pensá bien. No hagás macanas, zafao. Acordate de tu mujer, las hijas y los changos que te esperan”.

El perseguidor anima a *Juan Sol* que, resueltamente, se afirma en su marchar. Un poco más abajo entra en un fachinal cerrado por malezas y espinas, sin faltar el fuego de las hortigas. En varias ocasiones desmonta y va con los animales de tiro o bien arreándolos como lo hizo en ese corte tan peligroso por la greda mojada y resbalosa al que llaman el Calao de las Antas y que cae a pique al bullicioso río Tacanas. Otras veces machetea para cruzar densos y entretejidos talares. Poco parece importarles al jinete que las uñas de tigre y las enredaderas de las moras del monte vuelva hilachas su vestimenta. Al cruzar un campito de “amor seco”, los pellones se cargaron tantos que parecían haberse trocado en palos. Va mudo, sin siquiera un silbido. Los cueros se le amontonan a media frente. No lo apichonan dificultades. Lo mismo pecharía aunque lloviesen tizones del infierno.

Por fin, luego de contrariado bregar, el perseguidor consigue salir de la sotoselva y culminar en El rancho de tablas. En el mismo lugar donde el francés Clodomiro en época de esplendor, como dueño de ingenios e incalculable fortuna en morlacos fuertes, hasta contaba con un Familiar que le cuidaba los bienes. El franchute armaba reservadas jodas con artistas de teatro y de cabaret traídas de Buenos Aires con sus lentejuelas, plumas y fru-fru. No faltaban para el espectáculo parejas de importadas porque por ahí dicen que “para una mujer no hay nada mejor que otra mujer”, como sostenía el General de los descamisados.

El próximo trecho lo cubrirá montado en *Coya*. Y se larga cuesta abajo arreando y silbándole al otro flete. Ha cinchado sobre las verijas y estriba hacia delante. Va haciendo quencos por un filo muy clavado y riesgoso. En partes el sillonero,

al modo de un mular, tantea el terreno para asegurar la picada y en los trechos barrocos baja sentado sobre los garrones, rameando la cola. Termina por salir a un campito pastoso que da al río Chavaría. Cruzan y salen al Puesto Viejo de don Manuel y de doña Celina Cabrera, ya en suelo catamarqueño. (a propósito, don Manuel supo contar que había leído en una escritura de la estancia de Cóndor Huasi, un sello que rezaba: “Mueran los perros, inmundos y salvajes unitarios” y un agregado a lápiz: “estamos mal pero vamos bien. Viva yo, mi reelección y el chileno”. El original del documento databa de un remoto año: 1849.

Una vez que desensillara, dio de beber a los fletes. Los bañó y los secó con el lomo del machetillo. Terminó encerrándolos en un amplio corral de pircas, con algo de pasto que se levanta cercano al puesto. En el medio hay un palo bramadero para palenquear las bestias. Amontonó leña para la noche. Tal población no pasa del rancho con un pequeño galpón que oficia de cocina. Acarreó agua del río que, a unos cincuenta metros del rancho, corre presuroso y bramador hacia el sur, en busca del dique Escaba. El conjunto perdido en la espesura de la maciega.

Al encender fuego echó mano al avío de las alforjas (ya algo chuzas). Entre bostezos y dispuesto a descansar, hizo el tendido con la cama viajera de su ensillado. En ese momento sintió el tropel de sus caballos acompañados de relinchos entrecortados, como alertándolo. Algo imperceptible vagaba en las sombras en un concierto de alaridos y tenebrosos ruidos. Ante tanta amenaza extraña, recurrió a encender una vela e iluminar en un rincón la fotografía bendecida de la bóveda de Mariano Córdoba, el milagrero popular. Incómodo por las pulgas, pero más tranquilo, esperó que la noche pasara entre retazos de sueño.

Con el lucero a punto de marcharse y un débil claror que apuntaba por una de las puntas de la cumbre de Santa Ana, poquito a poco, el día iba despertando con el júbilo de resurrección de los únicos ángeles del cielo: los pájaros.

Encendió fuego. Mate cocido y pan, desayuno suficiente. Trajo los caballos. Acomodó la carga en *Juan Sol* y le puso los cueros al otro flete. Montó y encaró la senda que repecha hacia el poniente y va a trastornar el cordón montañoso El Suncho-Singuil. Por la largada de Antapayana al pasar por la casa de Yango Valverdi, el fueyista, toma un corto descanso. Reemprende la marcha y sale al norte del Campo del Pucará. Poco y nada parece importarle que rumbeando por esos lados lo espere el viento zonda con el tierral ahogante de sus ventoleras. El perseguidor tocará los caseríos de Punta del Agua, Las Pampitas y Carapunco desde donde arranca en trepada la cuestecilla de La Lagunita, próxima al puesto de Leonides Molina, el acopiador de cerdas, cueros vacunos y de majadas para un sirio libanés de Andalgá. Desde allí caerá al otro lado de la cumbre, a la altura de Los Chiqueritos. Antiguo puesto que alguna vez albergara a una familia de pastores. De esos tiempos sólo quedan dos esqueléticos sauces y unos viejos corrales de espinudas ramas. Irá por una senda muy áspera que caracolea entre pedrones y derrumbes. Por esos desechos acortará distancia. Lleva cambiados dos juegos de herraduras a los Solanet. A media ladera aparecerán las primeras avanzadas del cardonal. El viento habrá de portar denso relente a jarilla, poleo, salvia y demás hierbas de la medicina criolla.

Llegado al bajo y rebasada la finca de El Carrizal, los fletes vadearán, de a trechos, el hilo de agua del río Villavil que les refrescará las caldeadas vasaduras. Por eso animarán el marchado hasta intentar zafarle las riendas de las manos. En esa parte el carril en algunos trechos utiliza la empedrada Ruta del Incario, en otras al carril lo cubre una capa de ripio fino y firme. A media legua atravesará el caserío villavilista De allí queda detrás de un morro, cercana la ruta que enhebra La Chilca, por el arroyo seco de Los Chañaritos con el Fuerte de Andalgalá. Tramo para un paseo de señoritas, pero donde el médano como empedernido borrachín, sorbe hasta la última gota de agua.

Luego de varias jornadas de firme marchar el perseguidor ha traspuesto Villavil. En casa de uno de sus conocidos que disponía de un rastrojo con algo de alfalfa, dejó bien envuelta la chasna y, entre relinchos mezclados con intento de brincar el cerco a *Juan Sol* por considerarlo innecesario para lo que se avecina.

Enaperó al otro Solanet, por verlo en mejor estado. Lleva sólo las alforjas, un poncho -por si una abarajada- y, auca esta vez, se lía dos pares de boleadoras a la cintura. con las manijas lonjeándole el codo derecho. Ajusta las cinchas e iguala las brazadas del lazo. En el borrén delantero y bajo los pellones acomoda un látigo de sogá con alma de acero. Pone más a mano, en su ancha faja de carrero, el caronero desollador.

Según urdió, en la Puerta de Villavil se emboscará entre jarillas, cachiyuyos, pichanas y pencas.

En ese sitio, desde la profunda hendidura de una peña, mana magro chorrillo de

agua. Recogida con lengua paciencia puede sacar de apuro a un recovero aplastado por el sol -que derrite los sesos- que trae de tiro a un matungo cojitranco que también boquea de desaforadas sedes.

Gracias, madrecita

El Brevia Sosa, a pesar de que le martillean las sienas, ve que el río Chirimayo se desmadró y ha inundado los campos ribereños.

Una vez que vuelva a encauzarse depositará una capa de pródiga tierra negra que no solicitará abonos para germinar cuanta semilla caiga arrastrada por las aguas y por los vientos o sembrada por los labriegos emplumados: los pájaros. Quedarán troncos y palerío. Será el momento de hacer cantar las hachas. Y de lejos se sentirán los tintineos de machetillos. Habrá que acarrear carguillas de leña para fogones de las conchanas de piedras y los hornos caseros. Hasta las criaturas, chuequeando por el esfuerzo, arrimarán sus brazaditas. Las mujeres las transportarán en la cabeza acomodadas sobre el rodete de trapo del pashiquil. Los más pudientes arrastrarán armazones ayudados por las mulas zafreras y por bueyes madereros. Así el frío no los aporreará en invierno. En tarros desfondados que harán de chimeneas, flameará la humazón de las cocinas familiares. Batatas enterradas en la ceniza caliente servirán de golosinas tanto a changuitos como a mocetones de bozo. Las mozas apartarán rescoldo para asar tortillas y naranjas con cáscara, *“esto es santo remedio para los toshacos. Cura hasta la tos de perro o tos convulsa”*, aseveraban convencidas abuelas de tiempos de randas y miriñaques.

Sosa observa que en unos bajos enlagunados, bogas y doraditos ensayan cabriolas

aéreas. Algún pato chumuco abre las alas para secarlas del chapuzón reciente. Un Martín Pescador, luego de porfiada espera, refucilo se vuelve en la zambullida. No tarda en emerger con un sábalo atravesado por el bote de su infalible pico. Más allá, la estampa de una garza mora sobre una sola pata en inaudito equilibrio. Una vaca empantanada en un vado barroso lucha por desencajarse tirándose antarca, de lomo. Al fin zafa y trota balado en busca de la cría que escondiera en el tupido yuyaral. A pesar del arco iris y de los revuelos acrobáticos de las golondrinas, desde el follaje del monte continúa tardía llovizna en cuantito el aire mueve las lavadas hojas.

Al Brea lo adormecen arrullándolo las múltiples voces del río crecido. Algún horco cebil, abatido en un derrumbe, bogará aguas abajo hasta fondear en el pedregal gris o donde se ensanche el río y se torne pampito.

En una de las volteretas, lejos, como en un espejismo, el Brea columbra que peones y peonas, cada cual con su maleta, cosechan en una quinta y que una parejita, como jugando, ensaya entre risas y amagos, una persecución entre las plantas cargadas de citrus.

Sí, pero... caracho, siempre hay un pero, o será que su cabeza gira como las piedras de un molino, y si no, cómo explicar que casi de golpe los ríos comarcanos se secan. En rueda de campeadores se explicó que en el valle del Conando y en plena travesía habían perforado pozos que chupan las napas de las aguas que pasaban por Alpachiri. Otros decían las vertientes en los cerros desaparecieron por explosiones para construir un ducto que transportará metales entreverados con

barro. Hasta tío Diego, el rastreador-leonero refirió haber visto que los chisguetes de los recién nacidos ríos fueron tomados en la propia Cuenca de los Nacimientos y dirigidos hacia otra explotación minera de incalculables alcances en el Campo de los Pozuelos, al poniente de los Nevados.

Junto con el desvarío se mueven las ruelas del tiempo. Cargosamente Sosa se pregunta cómo es eso de que del otrora temible río sólo reste un tacaño hilito de agua. ¿Temible? cómo no. Todavía dura el julepe de aquel Año Nuevo cuando velaban a doña Matildita –tan servicial la pobre y tan sin sucederes en su vida-. Por la anchuroso bullanga del festejo no advirtieron que el zangoloteo del oleaje hostigaba los cimientos del rancho de la finadita. Fue como si Ella se agitara en el cajón, alertándolos. Eso salvó a la gente, pero el Chirimayo arreó con lo que pudo arrebatar: moblaje de pobre, animales domésticos y hasta algún rancho orillero. Acaso habrá llegado el momento de preguntarse: ¿De qué servirán en adelante las añosas tomas que levantan el agua para las acequias de riego con compuertas compartidoras, regueras y tacos de tierra con que endilgan el riego en huertas, jardines, sementeras y papales?. El Brevé, con el magín dándole vueltas, se retuerce y se sacude como ante un mal presentimiento. ¿Así que en el futuro las bullangueras acequias no peinarán las cabelleras colgantes de los sauces, ni les musitarán chismes al pasar?. ¿Y qué hacer cuando el sol se vaya y se arrastren las horas nocturnas con su carga de sombras, apagados silbos y gritos. Ayes y carcajadas aéreas. Y tropillas de brujas enancadas en escobas salamanqueras recortando el agudo perfil en el disco de la luna? “Y así nomás va a ser, si ya nadie queda en lo que fuera el pueblo

ni en los caseríos vecinos y los alpachireños tomaron cualquier rumbo huyendo del alevoso destino que les fabricaran y ventarradas que antes no se conocían sisean en alambrados caídos baten chapas gimen en los canutos rasgados de las cañas huecas y han hecho calle con rondas de remolinos en lo que fuera el cauce del 'aguas frías' y el pestilente olor de murciélagos ahuyentador de pájaros..." Sosa duda en aceptar que esos despojos ruinosos pertenezcan a un pueblo que figuró en padrones comiciales y plano catastrales. "Me acuerdo que por radio también advertían en los informativos. Pero cómo íbamos a imaginar siquiera tamaña desgracia y yo de balde me rompo la cabeza pensando las mil y unas y ojalá que sólo sean zonceras no sé si resignarme...¿y por qué? ¡Ah, si el alma de mi madre me ayudara en el milagro! Me cuesta creer que esto llegaría a ser uno más de pueblos fantasmas del interior provincial, como Santa Ana, pongo por caso. En este bolsillo tengo dobladas hojas del diario que me regalara un gacetero amigo. Saco una, a ver qué dice: *"Vamos a dejar de regar veinticinco mil hectáreas. El proyecto original realizado sobre el Canal Federal pretende extraer las aguas de los ríos Gastona y Medina. Eso es un despropósito de la ingeniería y daño ecológico no resarcible para la provincia. Restringe la capacidad del riego de la zonas tucumanas"*. En estos volantes que guardé, también se previno: *"El sur tucumano sigue diciendo NO a la obsesión presidencial y a la obsecuencia del gobernador. SEA GARGANTA DE GANSO. Defienda a Tucumán. Recuerde: se convertirá en un páramo la fértil llanura tucumana"*.

De estar nomás, reventones de bombas anuncian el comienzo de los festejos de

la fecha patria. Un vientito jugueteón acarrea sonos de algarabía musical. El Brevia Sosa, glotón insaciable, se siente remecido. Se pasa las manos por el globuloso abdomen. Le cuesta librarse de las enredaderas del sueño. Al fin abre los ojos. Bosteza despabilándose. De golpe su corazón da un brinco de alegría y lo ubica en la recobrada realidad. “¡Gracias, gracias madrecita!

En el puesto de *Los Chañaritos*

El jinete Andrés Gómez, el Mozo, transita a caballo por el lecho de la sinuosa quebrada del arroyo Los Chañaritos. Piso de arena, greda y pedregullo. Carril tapiado por pétreos paredones en los rumbos Sur y Norte. Hacia el oeste “el campo” ocupado por el salar de Pipanaco y en partes por dunas de arenas donde apenas sobresalen harapientos matorrales. El viajero se dirige hacia el naciente con intenciones de tramontar la cuesta de La Chilca con faldeos cavados en un árido cerro de piedra. Desde el bajo se la ve larga, parada y cubierta por los candelabros de su cardonal. El contorno testimonia un paisaje de los días primeros del nacer del mundo.

Pardea la tarde y todavía queda más de la mitad de leguas por recorrer. Al voltear una curva el jinete columbra un amontonamiento de nubes que avanzan desde los cordones montañosos del Noroeste. Deduce: “La pucha, no sería sorpresa si de un momento a otro se descolgara el aguacero. En los últimos años ha cambiado el clima en los cerros. En invierno no se ve nevar como antes”. El cielo, no sin apuro, al parecer prepara una de sus tormentas de despedida del estío.

Promedia el mes de abril. A pesar de la próxima llegada del otoño, el día había sido por demás sofocante y con un calor de horno. El flete viene sudando desde que comenzara a marchar a eso de la media tarde. En el arroyo de Villavil fue la última vez que abrevó. Todavía les espera un buen trecho para dar con agua

en el campamento camino de la cuesta. Ni pensar en un descanso porque no hay sombra. Además moscas, tábanos, mosquitos jejenes y polvorines tornarían insufrible una parada.

El viaje se resolvió con la premura del caso. No era para menos: la mordedura de una serpiente en una pantorrilla del shulka. La cercanía providencial de una médica campesina. El torniquete, la sangría y un emplasto machacado de raíces de hierbas serranas y cáscara de tusca, aleja el peligro inmediato. Fue decisiva la urgencia en buscar el suero antiofídico en el fuerte de Andalgalá que dista unas veinte leguas entre ida y vuelta. No había tiempo que perder.

—¿Y va a llevar un perro?. Mire, la Chapina quiere ir.

—No, es lejos. El ripio la va a “despiar”.

Mientras Andrés se preparaba, uno de los muchachos, por su indicación, ensilló el bayo de crines, lomo y cola negra. Un listado portador de sangre Solanet. Raza caballar de origen indio-pampeano de reconocido aguante. Los Gómez sabían de la hazaña de Aimé Tschifely, un maestro suizo-argentino que en 1925, más o menos, había salido con los caballos Gato y Mancha desde las orillas del Plata. Después de recorrer casi veinte mil kilómetros, de haber cruzado por cumbres nevadas y arenales ardientes; selvas y puertos sobre el Pacífico; desiertos y torrentes; de ayllus a ciudades de cemento, fue a desensillar en la misma estatua de la Libertad de los gringos del norte.

El Mozo, de vez en cuando, descuelga un gorgorito de aguardiente pomanisto. Los siguen, como perros, los aires de una zamba silbada. Tantea y asegura con

tientos sobados, las alforjas donde porta el remedio salvador. “Recién respiraré aliviado cuando vea mejorar a mi regalón”, se promete.

A pesar de la calda de la jornada intentará llegar esa noche a su casa en Antapallana. Imposible pedirle más al flete en el repechar sin tregua. Si lo exige más podría calmarlo. A trote y galope, sin talonear ni usar azotera, había cubierto la jornada de ida. Ahora, sin darse ni dar respiro, vuelve por la misma vialidad. De estar nomás, latigazos de relámpagos. En seguida los petrifica un reventón equivalente a varios racimos de bombas de estruendo del tiempo de los políticos. El sillonero, nervioso y sorprendido, relincha bajito. El jinete con varios “*¡Quieto, quieto! ¡Quieto, bayito!*” y con unas palmadas en el cogote sosiega al animal que avanza bufando y medio de costado. La oscuridad ha acallado pájaros, chicharras y coyuyos. Quién diría que en un abrir y cerrar de ojos la noche los taparía como gallina a sus pollitos.

Al escándalo de truenos y refucilos siguió un denso granizar que acribilló jarillales, breas y retamas. Y ya estuvo de llegada el agua. Con el repentino frescor el caballo se arma de nuevo, como se dice, y apura el paso. Andrés calcula que no ha de estar lejos del puesto de Los Chañaritos. La lluvia se ha tornado tormenta y de cada quebradita, todo el año seca como camisa de víbora, bajan torrentes convertidos en ríos de averías. Andrés sabe que debe apurar la marcha antes de que los turbiones se junten en el Arroyo Grande. De ser así tendría que desensillar, hacer espaldas contra alguna peña, taparse con las caronas y el poncho y esperar el amanecer con las riendas en las manos. Pero él no es hombre de amujerarse

así como así. Va emponchado pero el agua, muy helada, ha comenzado a correrle por pecho y espinazo. Lleva su sombrero sujetado con barbijo para librarlo de los manotazos del viento. A cada quebradita hay que vadearla con el Jesús en la boca. La última no ofrece mayor peligro porque aún no llegó la punta de la creciente.

Ese bulto que alcanza a ver en medio de un relámpago ¿no será la casa del puesto? Llamarla casa queda grande porque la tal no es más que una rústica construcción levantada con murallas de piedra seca techadas con paja y barro crudo. Las varas, el marco y la puerta, de cribada madera de cardón, la única disponible. Conlinda con un espacioso corral pircado, que “encierra relinchos y mugidos”, según cantan las comparsas de indios en los carnavales de Agua de las Palomas. En ese momento, como si no pudiera esperar más, retumba la artillería pesada de los truenos y un rayo pulveriza un peñón cercano. En el acto los envuelve el olor a humo y a peña quemada. El bayo, espantado, da una tendida que a un jinete confiado lo habría hecho sentar en el barro, pero no a Andrés que, por algo, desciende del finado don Alejandro Gómez, un lugareño leyendoso que, en su mocedad, fuera arriero de toradas a Chile. Después, correísta-comisionista, que dos veces por mes cubría a lomo de mula las sesenta leguas que separan los pagos de Aconquija de la capital provincial. Eso fue en años anteriores al viajecito de Tschifely. En las cargueras llevaba las petacas de cuero crudo con la correspondencia. Después de varias décadas, recién comenzaron a correr los camioncitos entoldados de la mensajería. Transportaban pasajeros sentados sobre ponchos en duras bancas de madera. Cada viajero con el vinito y el avío en las alforjas. De Gómez, el Viejo, se

contaban hazañas increíbles, como la de aquella ocasión que incendió un pajonal para ahuyentar una yunta de leones que se lanzaran sobre el rastro de las mulas. En tanto él aguardaba en un ciénego con el trabuco en la mano y el agua llegándole a las corvas. Y la otra vez que, por un pelo, en el mojón-nivel de los tres mil metros se salvara de entregar la tropa bajo una nevada por demás larga y copiosa que amortajara todos los rumbos. De ésa salió con una orejuda menos y él casi ciego por el surumpio. La curandera yunga, para salvarle la vista lo hizo permanecer treinta días con los ojos vendados y a oscuras. Suerte quem una de las Camisay andaba dando de mamar a su guagua. Como buena vecina y previo consentimiento de Efemérides, su concubino, consintió en darle una buena mano: tarde y mañana le ponía gotas de leche en los ojos. Que de no, iba a andar a tropezando y con bastón hasta el fin de sus días. Gómez el Viejo, ralo, ralo contaba, junto al fuego en interminables noches invernales, sin darles importancia, casos en los que su vida llegó a pender de un pelo. Tal esa oportunidad que, al pasar en una noche de luna por el caserío de Chuchucaruana, le cortaran el paso tres maleantes. Al modo pampeano, de las atropelladas se defendió con las boleadoras en las manos mientras pisaba la manijera. Así remató de un bolazo en plena frente al asaltante que porfiaba por quitarle la guayaca con la plata de los encargos. Sin darse ínfulas se santiguaba y explicaba: "resultaron ser un cristiano y dos chilenos que decían ser pirquineros en el Cerro de La Mina en los Nevados del Aconquija".

Tal vez por exceso de confianza, en uno de los viajes el correísta, fue arrastrado por la creciente del río Los Puestos. Unos camperos lo hallaron en una playa.

Inconsciente, ahogado, desnudo y con varios huesos fracturados por los golpes de los pedrones. No podían creer cuando vieron que su pecho, muy débilmente, aún subía y bajaba. Una vez restablecido tuvo que devolver, inflados, los pesos que los usuarios del correo alegaban haber enviado entre la correspondencia.

El Tata Viejo, pese a su renguera, achaques y la parvada de años que cargaba, en tiempos de siega se daba mañas y acercaba gavillas de trigo para armar las parvas. Acarreaba agua desde la vertiente y traía, al ho bro, su brazadita de chamizas para el fuego familiar. No obstante su extrema vejez se podía deducir que había sido un ejemplar de estatura mediana, ancho de espaldas, pecho combado, cuello toruno en el que aun sobresalían los tendones. Cara de piel cobriza y de pómulos abultados. Piernas curvadas de tanto cabalgar desde la niñez. Otras veces, confiaba: "Yo vengo de diaguitas que poblamos estos cerros en lo que ahora se denominan asentamientos El Alamito y La Aguada. Conocíamos qué enfermedad cura cada yuyo del cerro. Cuidábamos plantas y animales, en especial a las vicuñas por su lana durable, liviana y muy caliente. Fuimos alfareros y fundidores de metales cuando en el llano los hombres se comían entre ellos También construimos el pucará indio que todavía existe. Sabíamos que cada ser viviente es compatriota nuestro en esta gran obra que es la Naturaleza. Puedo referir historias que contaron los abuelos de los abuelos de cuánta, de antes..." Pero nunca faltaba el imbécil como el patanCHA Calixto, que tapándose y ladeando la boca, chacoteara en sordina: "¡Ah!.. chango lindo... el abuelo...". El pata no era más que un pobre ignorantón al que palabras y conocimiento lo hacían trastabillar.

En el casi amanecer de un refucilo, Andrés distingue a escasa distancia el perfil del puesto salvador. '¡Eh, miescha!. Agarrate Cafayate, ¿qué le pasa al listao?' El animal se ha detenido de golpe con las orejas apuntando hacia el corral y la casa. Repentinamente, al Mozo le asalta el recuerdo: "Desde que murió el opa Ruperto ensartado por un toro en una de las corridas de hacienda cimarrona, no hay sosiego de día ni de noche en Los Chañaritos. Tampoco macho que aguante. Cómo será que ni el finado Norabel Zelarayán, un alpachireño de coraje estremeedor y motejado "el loco", se le adjudicaban hazañas, pero hazañas no uñigales, como la de haberle peleado en los sótanos del ingenio Santa Ana al perro familiar de los Hilereses. Se decía que, cuando Norabel, por unos sopapos en un comité, andaba prófugo por estas tierras, para dormirar tendía su montura fuera de los corrales y tras de una peña. Encendía un fueguito. Alerta y sin pegar los ojos se amanecía con la escopeta remontada. Algo parecido se comentaba del gaucho Higinio Almirón. Dueño de un prontuario que, por el grandor, en los tribunales lo cargaban en carretilla. Decían que se supo trenzar en incontables peleas fierro a fierro, pero una vez que el amor lo picoteó, quedó transformado en hombre juicioso y responsable. Terminó amancebándose con una de las hijas de Ofaldo Agosto. Mujer ya entrada en años pero muy capaz de zarandear airosa su pollera floreada en un escondido o en un gato. Y mejor que mejor si el músico era el Yango Valverdi. El que tecleando cuerpeaba su bandoneón en los cobrizos carnavales del valle de Aconquija".

Y de repente ¡caracho! el flete se empaca. Hace sonar las narices y se niega a dar un paso adelante. Escarcea como redomón que todavía no camina solo. Pugna y remolinea por huir. Por fin Andrés, gracias a la baquía de lidiar con potros y toros criados sin conocer lazo, logra apearse y, aunque desparramándolo, baja el ensillado. Al fin consigue atar al Solanet a una mata de pajas. El animal, puro nervios, se sienta, se alza en dos patas y caracolea bufando. El hombre: *“cómo no traje la perra”*. Junta peleros y pellones caídos en el barro. Se echa las alforjas al hombro y bastante mojado, se encamina chuequeando en busca del techo que lo ampare. En eso, la luz de una seguidilla de relámpagos aclara la noche. A pesar del diluvio, ve que en cada esquina del corral danzan, paraditos como husos, unos alocados y polvosos remolinos. Como convocadas, desde el vacío le llegan mugidos y relinchos, voces y carcajadas aéreas. No les da importancia y sigue avanzando. Va a entrar en la casa y apenas traspone el umbral, desde adentro, alguien le recibe las matras. Instintivamente Gómez ha echado mano a la cintura buscando el caronero. En tanto, el bayo ha arrancado las pajas y huye sacudiendo la noche con despavoridos relinchos.

Vocabulario

Acollaró: formó pareja.

Amujerar: tener miedo, temor.

Avío: alimentos preparados.

Ayllus: caserío de indios.

Azotera: zotera.

Calda: relacionado con el calor.

Calmar: resabiar, cansar.

Caronero: puñal que se lleva bajo las caronas del recado.

Cartalañaña: "Carta a mi ñaña".

Casorie: casamiento por el Registro Civil.

Ceja... ceja...: del verbo cejar, cesar.

Chamizas: yuyos secos, leñitas.

Choriado: robado.

Chorriar:angre: manar sangre por una herida.

Chuciar: burlar, desafiar.

Colla yunga: habitante de la selva yunga.

Corvas: pantorrillas.

Cuete: cohete, de vicio, en vano.

De no: caso contrario.

Despiar: Desgaste del cuero o de la vasadura.

Desuñir los bueyes: soltarlos, quitarles las coyundas.

Familiar: engendro demoníaco.

Gato onza: gato montés.

Guayaca: bolsita de piel sobada.

Huso: adminículo girador para hilar lana.

Listao: listado.

Machi: curandera, bruja, comadrona.

Macho: cadenero: animal no atado a las varas en un vehículo.

Manda: encargo.

Manijera: manija de donde se manejan las boleadoras.

Marucho: muchacho, peón, guía en las tropas.

Medio chispo: alcoholizado levemente.

Niña: mujer soltera, adulta.

Pashuquiar: marcha del animal, paso o sobrepaso.

Patancha: pie ancho.

Pieses: los pies.

Randas: cierta clase de tejido.

Real: lugar de descanso.

Rumi: piedra (quichua).

Salamanca: aquelarre, reunión presidida por Satán.

Se armara: se aprontara.

Surumpio: acegamiento por reflejos en nieve.

Te... te... te...: exclamación por “parate”, “aquíetate”.

Tirar firme: con fuerza.

Vino piroja: vino nuevo, recién hecho.

Yunga: colla de esta región geográfica.

Zafretero vallisto: peones zafreteros del Valle Calquí.

Zorra o yuta: carro maderero.

Shulka: la, el menor.

INDICE

	Pág.
En viaje	9
Nazario Ocampo	15
El perseguidor	24
Gracias, madrecita	42
El puesto de Los Chañaritos	47

AUTORIDADES

Sr. Gobernador de la Provincia de Buenos Aires
Ing. Felipe Carlos Solá

Sr. Gobernador de la Provincia de Catamarca
Ing. Eduardo Brizuela del Moral

Sr. Gobernador de la Provincia del Chaco
D. Roy Abelardo Nikisch

Sr. Gobernador de la Provincia de Chubut
D. Mario Das Neves

Sr. Gobernador de la Provincia de Córdoba
Dr. José Manuel de la Sota

Sr. Gobernador de la Provincia de Corrientes
Dr. Horacio Ricardo Colombi

Sr. Gobernador de la Provincia de Entre Ríos
Dr. Jorge Pedro Busti

Sr. Gobernador de la Provincia de Formosa
Dr. Gildo Insfrán

Sr. Gobernador de la Provincia de Jujuy
Dr. Eduardo Alfredo Fellner

Sr. Gobernador de la Provincia de La Pampa
Ing. Carlos Alberto Verna

Sr. Gobernador de la Provincia de La Rioja
Dr. Ángel Eduardo Maza

Sr. Gobernador de la Provincia de Mendoza
Ing. Julio César Cobos

Sr. Gobernador de la Provincia de Misiones
Ing. Carlos Eduardo Rovira

Sr. Gobernador de la Provincia del Neuquén
D. Jorge Omar Sobisch

Sr. Gobernador de la Provincia de Río Negro
Dr. Miguel Ángel Saiz

Sr. Gobernador de la Provincia de Salta
Dr. Juan Carlos Romero

Sr. Gobernador de la Provincia de San Juan
Ing. José Luis Gioja

Sr. Gobernador de la Provincia de San Luis
Dr. Alberto Rodríguez Saá

Sr. Vice Gobernador en ejercicio del Poder Ejecutivo de la Provincia de Santa Cruz

D. Carlos Alberto Sancho

Sr. Gobernador de la Provincia de Santa Fe

Ing. Jorge Alberto Obeid

Sr. Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero

Dr. Gerardo Zamora

Autoridad en ejercicio del Poder Ejecutivo de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, Gobernador

D. Hugo Omar Cócaro

Sr. Gobernador de la Provincia de Tucumán

CPN. José Jorge Alperovich

Sr. Secretario General del CFI

Ing. Juan José Ciáccera.

Se terminó de imprimir en el mes de julio de 2006
en *Altuna Impresores*, Doblas 1968, (C1424BMN) Buenos Aires, Argentina.
altunaimpresores@ciudad.com.ar

CONCURSO PREMIO FEDERAL



El Consejo Federal de Inversiones, organismo federal al servicio de las provincias argentinas, a través de su Programa de Cultura, continúa desarrollando acciones con el propósito de brindar apoyo a la producción artística provincial, promoviendo el crecimiento y el desarrollo cultural.

En el transcurso del año 2005, pone en marcha a través de la Red Federal de Cultura, las Asistencias Técnicas presenciales para Artistas y Docentes de Arte, las Muestras de Artesanías autóctonas y tradicionales y las II^o Jornadas de Asistencia Técnica para Administradores Culturales a través del sistema de videoconferencia.

La Red Federal de Cultura convoca por medio de los organismos de cultura de todas las provincias con sus respectivos municipios, a mantener un canal abierto que permita la interacción entre todos los creadores, críticos, promotores y pensadores del país.



**CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES**

Auspician



Digital **Recording**



SALAS
FEDERALES

CONSEJO FEDERAL DE
INVERSIONES

San Martín 871 (C1004AAQ)
Ciudad de Buenos Aires - Argentina
Telefax: (011) 4317-0700
www.cfired.org.ar